

Hacedores de paz

Pedro Zabala

Profesor de Filosofía de La UNED
La Rioja

Han pasado los tiempos en que lo bélico estaba bien visto. Ahora, lo políticamente correcto es ser pacifista, partidario de la paz. Todos dicen defenderla, aunque difieran en los modos.

¿Cómo conseguir la paz? ¿Cómo asegurarla? Los romanos tenían un dicho paradójico: «si quieres la paz, prepara la guerra». Cínico pragmatismo que aseguró durante siglos, lo que se llamó la pax romana, el silencio y aculturación de los pueblos sometidos a aquel imperio, modelo para los posteriores imperios que en el mundo han sido.

¿Es verdad, como muchos creen, que sólo la violencia garantiza la paz? Aquí entra en juego un descarado maniqueísmo. Cuando los medios y el ejercicio de la violencia corresponden a los «buenos», la paz se robustece, en cambio si son de los «malos», entonces resultan criminales. Y el criterio que se estila para saber quiénes son los buenos y los malos, es de lo más cómodo y fácil: buenos son los «nuestros» y malos, naturalmente, los «otros».

Con esta regla de medir, no hay que reflexionar mucho. Las armas en manos del eje del bien son necesarias, si las tienen los enemigos hay que quitárselas, pues representan un serio peligro para la paz. Las invasiones son toleradas cuando las ejecutan nuestros aliados, si son los otros resultan injustificables. Los atropellos

de los derechos humanos no son tales, cuando son cometidos por un dictador amigo.

¿Y las guerras? Ah, las guerras se justifican en virtud del prisma con el que las juzgamos. Hay unas que constituyen auténticos actos criminales, otras representan un mal menor y algunas las hemos calificado de santas, de cruzadas.

Esta suerte de encanallamiento moral no lo hemos inventado ahora, se viene practicando en toda la historia de la humanidad. El colmo ha sido el empleo de la religión, del santo



nombre de Dios, como argumento para justificar la guerra y toda clase de violencias.

La negociación máxima de la paz se llama guerra. Pero es falso que la mera ausencia de guerra signifique haber conseguido aquella. Como se ha dicho autorizadamente, requisito previo de

la paz es la justicia (negar los conflictos, exigiendo resignación a las víctimas, es mantener el rescoldo bélico). Y el anhelo de justicia (que no es la venganza que brota del odio) requiere previamente el perdón. La paz no llueve del cielo, hemos de conquistarla con un trabajo cotidiano y constante y jamás podremos considerarla definitiva.

Gritar no a la guerra, a la reciente de Irak, y a las otras olvidadas en Asia, Africa y América es necesario, pero notoriamente insuficiente. Es un primer paso, al que deben seguir otros muchos. Hay que desarmanos. Para empezar nuestras mentes y corazones de maniqueísmos tuertos que sólo ven la injusticia y el crimen en un lado. Repudiar todos los pensamientos únicos que nos impiden abrirnos a la realidad poliédrica. Hemos de resistir la tentación de indignarnos como víctimas de los dominadores, mientras que callamos vergonzosamente cuando nos favorece, convirtiéndonos en sus cómplices.

Ser hacedores de paz no es una posición blanda ni cobarde. Para empezar exige pensar por cuenta propia, no repetir simiescamente latiguillos fáciles. Y tener clavada fijamente la actitud de que la violencia no es un atajo para la paz. Tiene su propio camino, algunos supieron recorrerlo. Se enfrentaron con las injusticias. En el siglo XX, recordemos a Gandhi y a Martín Lutero King. Y hace muchos siglos, lo recorrió Jesús de Nazareth que nos dejó la gran enseñanza: «Bienaventurados los hacedores de paz...».